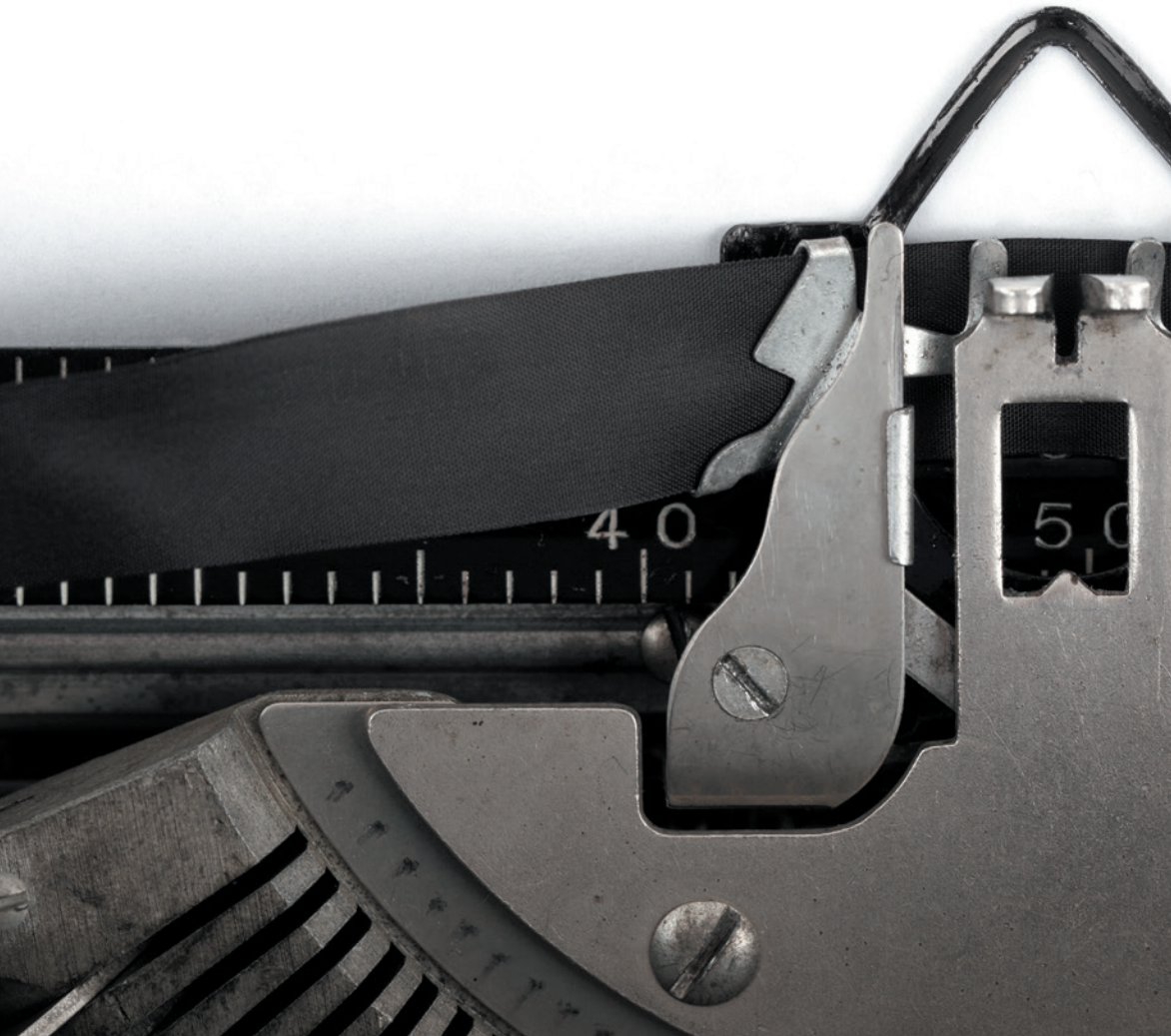


Gonzalo Santa María

TE LO TENÍA QUE CONTAR



Te lo tenía que contar



100XUNO



Gonzalo Santa María

# Te lo tenía que contar



© El autor y Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2022

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 105

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Podiprint-Málaga

ISBN: 978-84-1339-115-1

Depósito Legal: M-18372-2022

*Printed in Spain*

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa  
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

[www.edicionesencuentro.com](http://www.edicionesencuentro.com)

# ÍNDICE

Unas palabras al lector .....	11
1.....	13
2.....	18
3.....	23
4.....	28
5.....	39
6.....	45
7.....	50
8.....	55
9.....	60
10.....	65
11.....	69
12.....	73
13.....	76
14.....	79
15.....	82
16.....	90

17.....95  
18.....100  
19.....105  
20.....112  
21.....117  
22.....122  
23.....129  
24.....136  
25.....141  
26.....145  
27.....148  
28.....153  
29.....159  
30.....164  
31.....168  
32.....173  
33.....180

«¿Las almas inmortales  
hechas a bien tamaño  
podrán vivir de sombra y solo engaño?»

Fray Luis de León (1527- 1591)





*A mi mujer*  
*A mis hijos*  
*A mis alumnos de todas las épocas*  
*A todos los autistas y sus familias*



## UNAS PALABRAS AL LECTOR

Nuestras vidas siempre están llenas de asuntos que nos apremian. Tenemos tanta prisa que nunca hay tiempo de sacar todo lo que tenemos dentro, para reflexionar y juzgar lo que nos pasa, para hacer experiencia de lo acontecido, de las decisiones acertadas y erradas. Así no aprendemos tanto como podríamos y, además, por este y otros motivos, nuestras sociedades «desarrolladas» están generando millones de personas solas con apariencia de acompañadas, millones de seres incomunicados. Nos afanamos por aprender idiomas y lenguajes y no tenemos nada que decirnos; tenemos los mayores avances tecnológicos de la historia en lo que a comunicación se refiere y no encontramos el momento de contar lo que nos ocurre a las personas que amamos.

Además de eso, está el asunto de la palabra. Estamos perdiendo la palabra. Estamos perdiendo la paciencia para escucharla, leerla, decir-la y no digamos escribirla. Ahora es la imagen. Nos vamos volviendo incapaces de imaginar porque nos lo dan ya todo imaginado, no solo como individuos, sino como civilización. Se nos está olvidando escribir. Ya casi no se escriben cartas; se mal escriben correos electrónicos y mensajes por móvil.

Los programas educativos reducen al mínimo las lecturas de los clásicos, de los maestros, de los que sí saben escribir. ¡Y eso que ahora

se lee más que nunca! Pero hay libros importantísimos que se quedan sin leer y por tanto sin revivir.

Sin la palabra nos estamos quedando inválidos verbales y mutilados del pensamiento. Hay quien se encarga de llenarnos las horas con cantidad de cuestiones inútiles que acaparan nuestra atención. Vivimos pasando levemente por encima de todo sin llegar nunca a profundizar en nada, en una endémica superficialidad, en una ansiedad insatisfecha. De ahí vienen los populismos y las ideologías.

Ya no nos llega la tradición, porque consideramos a nuestros mayores unos discapacitados tecnológicos. La libertad está en juego.

Por eso nos cansamos, nos rebelamos y no queremos hacer nada en todo el día: nos volvemos apáticos además de solos; nos volvemos agresivos y sustituimos la palabra por el gruñido, el insulto, la amenaza...

Y malvivimos en una pobre complacencia que no da felicidad sino que maquilla tenuemente la tristeza hasta que, u ocurre un hecho catastrófico que hace temblar los cimientos de nuestras convicciones y nos vuelve a abrir las heridas humanas, o un milagro resucita la comunicación. Algo o alguien atrapa nuestro interés, nos habla del corazón, de nosotros mismos y vivimos otro trecho con esperanza.

G.S.

## 1.

Hola, J. Hacía tiempo que no pensaba en ti y más todavía que no me comunicaba contigo. Que no te contaba cosas, ya sabes, como hago de vez en cuando, especialmente muchos seis de marzo. Dentro de poco habrán pasado cuarenta años desde que te fuiste adonde estás ahora. Cuando moriste me sucedió algo similar a lo que me ha sucedido cada vez que ha muerto algún ser querido. Primero miro su cuerpo inerte, luego lo veo desaparecer bajo la tapa de la caja, bajo la tierra o tras la cortina del crematorio o, según los casos, la de mis lágrimas. Cuando murió mi padre, como no había podido despedirme de él en la UCI, le di un beso antes de que cerraran la caja. Luego pienso: «ahora ya sabes todo», y me entra un escalofrío, como si, desde donde uno se encuentre, fuera de los límites terrenales, ya puede participar de todo el saber, incluido el de los pensamientos de las personas que conoció en vida y quién sabe si también de las que no conoció.

La primera vez que vi un muerto fue porque, estando en el colegio en el que estudié, que era un edificio inmenso lleno de pasillos y recovecos, nos habíamos escapado un compañero y yo y nos habíamos puesto a investigar. Sin querer nos metimos en el piso superior de la capilla y nos encontramos con que habían dispuesto la capilla ardiente de un fraile que había muerto. Había otro fraile rezando. Mi

compañero y yo nos pegamos un susto de muerte y el fraile que estaba rezando nos dijo: «Venid, chicos; vamos a rezar por el padre J.».

Cuando te fuiste hace casi cuarenta años, me pareció un testimonio vital tremendo el que nos diste durante los últimos once meses de tu vida en la tierra.

Recuerdo perfectamente la noche que, mientras hacíamos vivac en La Pedriza, con nuestro grupo de amigos entre los que se encontraban E., al que llamábamos el Indio porque no se llevaba saco de dormir, sino solo una manta a modo de poncho, y P. que, como sabes, también murió, puede incluso que estéis por ahí juntos, nos contaste que te había salido un bulto en el cuello y que ibas a ir al médico. ¿Recuerdas cuando nos cogíamos un autobús pirata que salía del Castillo de Manzanares y nos dejaba en Plaza Castilla? Cuando se llenaba de gente, se piraba; no tenía horario ni nada.

Recuerdo que después nos contaste que se trataba de un linfoma de Hodgkin, no de Burkitt, como el que tuvo mi padre, que por aquel entonces, año ochenta y tres, solo se podía curar con un trasplante de médula que hacían en muy pocos lugares en el mundo. Y como eras una persona joven, diecinueve años, la enfermedad avanzó muy rápido y no se pudo hacer nada. Y siempre me asalta la duda, si hubiese sido ahora, tal vez te habrías salvado. Pero pensar eso es un recurso muy poco inteligente porque lo mismo se podía pensar de toda la gente que murió antes de los antibióticos.

Y te preguntarás que por qué me he puesto a contarte estas cosas si ya las sabes tú de sobra. Pues porque, como me imagino también sabes, el año pasado estuve a punto de morir. Sí, por la pandemia que empezó hace dos años, mejor dicho, el anterior, que por eso la enfermedad se llama Covid-19, y todavía dura hoy, y sigue muriendo muchísima gente. Estuve en una UCI, en coma inducido y conectado a un respirador. Y cuando desperté, después de dar gracias a Dios, me acordé de mi padre, que también estuvo en la UCI, de hecho murió

allí, y de las cosas que me contabas cuando iba a visitarte al hospital.  
Y como dice Gabriel Celaya:

...cuando se miran de frente  
los vertiginosos ojos de la muerte,  
se dicen las verdades...

Me acordaba de cuando me decías que antes de ponerte malo pensabas que no querías estar nunca enfermo y que no te tuvieran que poner una sonda por el pito. Que a un familiar tuyo le pusieron una sonda por el pito y tú no querías eso. Pues me acordé de ti porque a mí me pusieron una por el pito, otra por la nariz, otra por el ano... Y cuando estuve un poco lúcido, pensé, mira, igual que mi padre, igual que J.

Y también me acordaba de mi compañero E., que también murió, aunque no pude ir a su entierro porque me enteré tarde. Pues E., al entrar en la sala de profesores del segundo colegio donde trabajé, decía cuando nos veía a varios fumar, decía: «ya veréis el día que os tengan que poner una máscara con el oxígeno», y al decirlo se tapaba la nariz y la boca con la mano. Y fue así: me pusieron una máscara con el oxígeno después de que me quitaron el respirador artificial, y lo tuve puesto hasta que mi saturación de oxígeno en sangre fue normal.

Y todo esto me ha hecho pensar todo este año y me he vuelto a acordar de ti este seis de marzo. Y fíjate, he pensado que contigo o con todos los que estáis ahí no me puedo comunicar por WhatsApp. He pensado que por una parte está muy bien eso del WhatsApp, pero que corremos el riesgo de dejar de sostener una conversación sosegada donde realmente podamos comunicar los asuntos importantes de nuestras vidas. Y que para poder comunicar los asuntos importantes de nuestras vidas, es necesario primero saber cuáles son esos asuntos importantes. Ahora nos pasa que muchas veces nos mandamos fotos, memes y tonterías que son absolutamente efímeras, que nos pueden hacer estar



entretenidos pero también distraídos de las cuestiones verdaderamente importantes. Bueno, qué te voy a contar que tú no sepas.

Aquí en lo que llamamos primer mundo, que hasta hace nada considerábamos invulnerable, corremos un riesgo enorme de estar distraídos poniendo nuestra confianza en asuntos secundarios. Corremos el riesgo de ser superficiales y de que se nos pase la vida de guasap en guasap y no nos digamos nada de sustancia en realidad, y entonces el decir y el contar no sirvan para nada, porque lo más valioso que tenemos las personas es el espíritu, y eso es lo que se puede comunicar, y eso lo aprendes cuando tienes el cuerpo hecho una mierda pero no por eso eres menos persona.

Me he acordado de cuando volví a casa después de tu entierro en La Almudena, y recordaba las paladas de tierra cayendo sobre el ataúd; me vino a la memoria un poema de Machado, «un golpe de ataúd en tierra es algo perfectamente serio», y me acuerdo de que escuché la *Elegía a Ramón Sijé* de Hernández-Serrat y en ese «compañero del alma» me puse a llorar. Me puse a llorar por el dolor de tu enfermedad, por el dolor de tu ausencia, pero no por tu desaparición. Porque yo creo que estás ahí.

Creo que muchas expresiones culturales tienen como finalidad rescatar a los seres queridos del olvido, porque recordar a un ser querido es una forma de que permanezca vivo, de que viva en nuestro recuerdo. Es la única posibilidad si no se tiene la esperanza de que seguimos vivos después de la muerte. Y me llaman la atención algunas expresiones culturales que convierten a alguien que murió en mito. Se sustituye la creencia por el mito. Necesitamos creer en algo.

Entonces, me di cuenta de que en la vida hay cumbres desde las que se puede uno asomar a ella y entenderla un poco mejor. Entonces pensé que cuando se entiende mejor la vida porque uno se asoma a una de esas cumbres como son la muerte de un amigo, la muerte de un padre, el nacimiento de una hija o la discapacidad de un hijo es justo

contárselo a alguien; que no se quede dentro del espíritu para que ese alguien que nos escuche o nos mire —nos lea—, si está disponible y urgido de recibir alguna comunicación verdaderamente de sustancia, pueda beneficiarse de ella para seguir siendo persona.

Y también porque quien lo cuenta, por el hecho de ponerse a ordenar lo que quiere decir a otro sobre eso que ha descubierto en su propia vida al asomarse desde una de esas cumbres que digo, entiende mejor lo que ha vivido y lo hace suyo.

Te lo tenía que contar.

## 2.

Por eso, por estar en la UCI, me di cuenta de que se puede tener el cuerpo hecho una mierda y sin embargo seguir siendo persona e inmediatamente me acordé de que a ti te sucedió algo que muy pocas veces he visto y, mucho menos, en una persona joven. A medida que te ibas deteriorando físicamente, tu espíritu se iba fortaleciendo y engrandeciendo. Había gente que solo se fijaba en la enfermedad del cuerpo y estaba desconsolada. Entonces comprendí que lo que te sucedió a ti fue que viviste la vida completa en muy poco tiempo. Es decir, tu persona creció en once meses lo que a mí me está costando más de cincuenta años. Luego lo he relacionado con personas jóvenes que han sufrido accidentes o enfermedades. Algunos crecen y maduran de una forma que impresiona, como mis amigas B., L., B. y A., todas fallecidas por el cáncer, incluso con los adelantos de hoy día, después de varios años de lucha.

¿En qué se ve que uno ha crecido? Yo lo vi en ti en dos cosas: en la aceptación y en que sabías perfectamente cuáles son las cuestiones importantes.

Te decía por eso que se puede tener el cuerpo muy enfermo y el espíritu en plenitud. También lo contrario. En nuestro tiempo, en Occidente, es muy frecuente ver personas con una salud de cuerpo bastante aceptable y, sin embargo, con el alma enferma. Se ha avanzado

mucho en la salud del cuerpo y, en mi opinión, la salud del alma es mucho más importante y difícil de aumentar cuando falta. Pero se puede curar. También lo he visto. Y no me refiero a que el tratamiento del psiquiatra funcione, que también puede ser, sino a que una persona que estaba hundida, sin buscar trabajo, enganchada a los juegos *online*, haya de pronto revivido. ¿Por qué? Porque milagrosamente haya encontrado a una chica que le ama como es y que tiene esperanza y motivación y él, también por amor, se ha dejado llenar de esa esperanza y se ha remangado y se ha puesto a vivir.

Recuerdo que una vez oí decir a Miguel Delibes en una entrevista que le hicieron en televisión que la Guerra Civil había provocado muertos, heridos del cuerpo y heridos del alma, y que las heridas del alma eran las más difíciles de curar. Pues a eso me refiero. Como dice Sting en *Fragile*:

*If blood will flow  
When flesh and steel are one  
Drying in the colour of the evening sun  
Tomorrow's rain will wash the stains away  
But something in our minds will always stay.*

Si hubiese sabido lo que iba a vivir en estos casi cuarenta años posteriores a tu muerte, no habría dado crédito y no sé si habría aceptado ciertos hechos que han acontecido en mi vida. Sobre todo, no habría jamás pensado que iba a ser capaz de afrontar ciertas cosas, como tu propia muerte, que me dejó tocado durante un año, más o menos. Y todo lo que ha venido después. Quizá por eso no nos está permitido conocer el futuro; porque desde el presente no lo podríamos comprender. Es como cuando miro la fecha de caducidad de un producto y me pregunto: «¿qué pasará ese día?». No podemos ver el futuro porque si lo supiésemos no nos veríamos capaces. Eso de ser capaz es una perspectiva incompleta. No podríamos solo con nuestras fuerzas,

## Te lo tenía que contar

*Te lo tenía que contar* es un libro breve y delicado sobre la necesidad y la alegría de apreciar la vida, el amor y la libertad. Gonzalo Santa María cuenta, con buena pluma y de manera casi epistolar, la llegada a su vida de su esposa, sus hijos, entre ellos Santiago, diagnosticado con autismo, y otros muchos acontecimientos enmarcados en la historia reciente de España que, a través del orden y la perspectiva que da la escritura, el poderlos narrar, le han dado sentido y significado a su vida.

«Me di cuenta de que en la vida hay cumbres desde las que se puede uno asomar a ella y entenderla un poco mejor. Entonces pensé que cuando se entiende mejor la vida porque uno se asoma a una de esas cumbres como son la muerte de un amigo, la muerte de un padre, el nacimiento de una hija o la discapacidad de un hijo es justo contárselo a alguien; que no se quede dentro del espíritu para que ese alguien que nos escuche o nos mire —nos lea—, si está disponible y urgido de recibir alguna comunicación verdaderamente de sustancia, pueda beneficiarse de ella para seguir siendo persona. Y también porque quien lo cuenta, por el hecho de ponerse a ordenar lo que quiere decir a otro sobre eso que ha descubierto en su propia vida al asomarse desde una de esas cumbres que digo, entiende mejor lo que ha vivido y lo hace suyo. Te lo tenía que contar».



ISBN: 978-84-1339-115-1



9 788413 391151